

La arquitectura, entre la cooperación y la crítica

Alfonso Calderón Morcillo, Arsenio Hueros Ayuso

colaboración: Grupo Alfarje

Dirección: Carlos Cándido Fraile Casares

La Arquitectura en cualquiera de sus acepciones y considerada en cada una de sus vertientes, es motivo continuo de disputas y opiniones cuando menos controvertidas. En general es poco entendida por el grueso de la Sociedad, y se suele interpretar como lucimiento personal del que la realiza. Estas afirmaciones tienen un carácter general y por ello pueden perder parte de lo positivo que se da en la obra arquitectónica, cuando se da esa especial simbiosis entre autor y cliente. Los problemas que surgen de la relación entre autor y cliente, entre Arquitectos y Sociedad, son múltiples y concretos, con lo que no vamos a pretender dar soluciones generales, sino analizar, bajo nuestra opinión, los aspectos que fundamentalmente afectan a esta relación, donde es inevitable buscar la cooperación.

Cuando planteamos inicialmente esta cuestión de la cooperación en la arquitectura, aparecen de modo inmediato cuestiones referidas tanto a la profesión como a la Sociedad a la que se dirige: ¿Debe entenderse la Arquitectura por toda la Sociedad, tan múltiple y diferenciada?, ¿Qué busca la Sociedad de la Arquitectura?, ¿Qué le ofrece ésta?, ¿Debemos conformarnos con conseguir esa satisfacción?, etc.

Los diferentes ámbitos que la Sociedad presenta hacen difícil el entendimiento pleno entre ésta y los Arquitectos. Nos parece además que éste no debe ser uno de los puntos de partida a la hora de proyectar, puesto que ésta labor tan compleja lleva asociada muchos elementos, que deben surgir de modo espontáneo sin coartar ningún aspecto de la idea creadora, y este planteamiento inicial de ser entendida y admitida por todos es tan fuerte y presionante que seguramente condicionaría el proceso y el resultado. El hecho de que nuestra vida se desarrolle en continuo contacto con la Arquitectura, propicia que se critique la actuación de los Arquitectos. Evidentemente en nuestra vida cotidiana, en todos los instantes podemos decir que nos relacionamos con espacios o construcciones que definen y enmarcan todas nuestras actividades, nuestro trabajo, nuestro descanso, nuestra felicidad y tristeza. Es evidente que, a pesar de ello, no siempre la apreciamos.

Toda persona está en posesión del derecho de opinar sobre cualquier tema, pero en lugar de opinar se suele juzgar la Arquitectura y para eso, como en todos los aspectos, es necesario tener una mínima preparación y conocimientos que no todo el mundo posee.

Los Arquitectos tenemos además la difícil tarea de investigar en nuevas técnicas constructivas, en nuevas formas y materiales, espacios, etc., y a la vez adaptarlos a los cambios que provocan las nuevas formas de vida hacia las que tiende nuestra Sociedad. Esto provoca que nos situemos habitualmente en el punto de mira de las críticas por adoptar una actitud vanguardista que, por otra parte, se hace necesaria para conseguir el avance en cualquier disciplina.

Todo esto nos lleva a entender la dificultad de la cooperación entre la Arquitectura y la Sociedad, debiendo conocer en todo momento qué busca la Sociedad en la Arquitectura y qué le ofrece ésta con sus posibles respuestas. Debemos considerar además otros aspectos como son: la influencia y experimentación que la Arquitectura y el Urbanismo tiene por parte de muchas personas (no hablamos de creaciones vacías, poseen y crean

vida), la falta de cultura arquitectónica frente a la que se posee de otras Artes, la intromisión de otros profesionales que pueden acabar desvirtuando la solución final, la actuación puramente comercial de constructores y promotores que desvirtúan elementos tan importantes como son las viviendas, etc. Por tanto analizaremos estas dificultades en un proceso al que estamos abocados, el de la cooperación y la crítica.

Tendremos que hablar por tanto de las actitudes de los Arquitectos, de cuales son los problemas que detectamos en la Sociedad hacia nuestro trabajo, pero también hablaremos de la actitud de la Sociedad respecto a la Arquitectura y a los Arquitectos, elaborando para ello una reflexión que nos lleve al origen de la cuestión. En este punto nos detendremos, estudiando la diferencia de la Arquitectura, con respecto a otras Artes, en su apreciación y disfrute por parte de la Sociedad.

Debemos entender que el papel de la Arquitectura estará sometido a la opinión de toda la Sociedad, tanto los que la disfrutan en su uso, como en su visión y conocimiento, pero esto lejos de ser un condicionante que nos coarte desde el mismo punto de partida de un proyecto, deberá ser el acicate que lleve a solucionar el problema planteado de modo sencillo, agradable y didáctico, es decir de modo magistral.

Una de las razones fundamentales de la falta de entendimiento es la casi nula comunicación que existe entre el ámbito de la Arquitectura y la Sociedad, al contrario que el resto de las Artes. Esta falta de comunicación hace que la relación se establezca con la obra terminada o con el aspecto renovado de nuestras ciudades. Esto lleva a la aparición de la crítica, como efecto de emitir juicios sobre la obra terminada. Como ya dijimos, opinar es un derecho que todos tenemos, pero para juzgar en cualquier aspecto de la vida es necesario poseer una preparación y conocimientos que no todos poseen. Y no hablamos de conocimientos técnicos o artísticos de alto nivel, sino que echamos en falta un canal de información que comunique la labor arquitectónica y la Sociedad, de modo que se conozcan por una amplia mayoría los datos, invariantes, caminos y planteamientos que ocupan y preocupan a la profesión. Históricamente la Arquitectura se ha rodeado de cierto halo de misterio y oscuridad, que realizaba los resultados obtenidos, esto lleva a un desconocimiento de la labor del arquitecto. Es una obligación, en muchos casos, cuando debería ser tan gratificante como encargar un retrato o una escultura, implicándonos y poniendo tanto de nuestra parte como en dichos casos. Debemos comentar las distintas campañas que últimamente se van haciendo en este sentido, así como la revalorización de los círculos arquitectónicos como foros públicos de debate artístico.

Es también importante tener en cuenta la forma que tenemos de experimentar la arquitectura cuando la comparamos con como nos acercamos a las otras artes. Cuando nos encontramos frente a un cuadro, una escultura o una pieza de música, todo el mundo sabe que para poder captar lo que el artista quiere comunicarnos hay que observar o escuchar, pero normalmente no se sabe muy bien que es lo que hay que hacer con un edificio para saber si está bien o no lo está.

Las opiniones sobre un edificio suelen basarse en lo bonita o lo fea que es la fachada pero eso no es arquitectura. Desgraciadamente no hemos aprendido a experimentar o a vivir un espacio de una manera consciente, no reflexionamos sobre el confort que nos proporciona el buen control de la luz.

Acabamos valorando una casa por lo cerca que está la cocina del salón, por las vistas desde la terraza, por los armarios empotrados, y no es que estas cosas carezcan de importancia, sino que además hay otras muchas que el arquitecto tiene en cuenta y que también son fundamentales a la hora de valorar un edificio y son los estudios de los recorri-

dos, las proporciones y jerarquía de los espacios, la calidad de los mismos, la elección de materiales, la importancia de los límites, la integración en el entorno, etc.

La desventaja que también tiene la arquitectura con respecto a otras artes es que no puede ser indiferente a las críticas que recibe porque el arquitecto debe estar dando respuesta a una realidad externa, no puede realizar su obra pensando en su satisfacción personal ni puede actuar de una manera caprichosa o impulsiva, sino que tiene que situarse en el mundo y proporcionar soluciones reales a problemas concretos.

El ámbito donde se desarrollan todas las actividades esta dominado por la Arquitectura, que proporciona el marco físico donde desarrollarlas, tanto las actuales como las que se van demandando con el devenir. Pero esto no implica una esclavitud de los planteamientos arquitectónicos; por contra deben ser estos, como parte de la Cultura y el Arte de los pueblos, constante vanguardia en la investigación y avance de la Sociedad a la que pertenece, abarcando desde el microcosmos de una Ciudad hasta la Aldea Global. Debe despertar, plantear, recuperar o defender los principios que, dentro de su labor y como influencia dentro de un todo, remueva y conduzca los criterios que cimentan la realidad de la Sociedad. Como decía Alejandro de la Sota, la labor del Arquitecto será la de «dar liebre por gato», aportando siempre mas que la simple solución de un problema. En este aspecto, por tanto, será importante la labor de investigación vanguardística y de avanzadilla del mundo cultural. Cuidado, en este punto, con entender Vanguardia como algo absolutamente nuevo, o mas bien inventado, ajeno a la Sociedad; también puede ser la recuperación de tradiciones, adaptación de modos y técnicas pasadas, etc. Tendremos que acabar con la imagen libertina y desprovista de todo fundamento que se le suele otorgar a este aspecto del Arte, cuando es su razón de ser.

La realización de un proyecto arquitectónico implica mucho de investigación, de ir por delante, de replantear constantemente puntos de partida y modelos, etc..., pero sobre todo el Arquitecto es un técnico, que da soluciones a los problemas que se le plantean, para que la obra funcione. Por tanto, tenemos mas ataduras con la realidad que las que tiene cualquier otro «artista». La función y la forma van unidas, si esto es así nuestra obra será bella, puesto que la Arquitectura no hace sino poner la técnica al servicio de la Sociedad en sus formas de vida.

Al entrar a definir el tema de la cooperación, volveremos a comentar la dificultad que entraña hacer una generalización debido a la multiplicidad de aspectos, corrientes de opinión, ámbitos y cultura de lo que llamamos unitariamente Sociedad. Es la Sociedad en ultima instancia el verdadero cliente de los Arquitectos. Habría que plantearse por tanto qué busca la Sociedad de la Arquitectura. En principio es evidente que busca una solución a un determinado problema, con una serie de condicionantes de toda índole. Suele buscar respuesta a sus necesidades mas inmediatas, y por tanto recibe mas de lo que pide, busca menos de lo que obtiene. El arquitecto, con su faceta sociológica y de conocedor de la realidad presente y futura, llega mas allá tanto en la creación de los espacios como en el confort y buen funcionamiento, ya sea desde una vivienda hasta la propia ciudad. Evidentemente no debe limitarse a complacerla, pero tampoco olvidarse de ellos, pues en el fondo son el origen de su función.

Cuando el arquitecto se enfrenta a un proyecto comienza un proceso minucioso en el que se desarrolla una idea teniendo en cuenta muchos condicionantes, combinando los conocimientos técnicos con la sensibilidad necesaria para poder presentir (sentir antes) los espacios que se van a crear y anticipar la sensación, a veces subliminar, que nos va a provocar aquella ventana, aquel muro de mucho espesor, este techo alto o esa simple rendija de luz. Es indiscutible que para poder combinar estos elementos de una manera

satisfactoria es necesaria una preparación. La arquitectura normalmente esconde muchos más valores o intenciones de las que cualquier persona es capaz de interpretar a simple vista.

Esto quiere decir además que si el arquitecto está capacitado para realizar esta labor, lo estará también para decidir cuando un cliente está indicando o dirigiendo demasiado un proyecto como para que salga bien. Se enfrenta a una ardua tarea cuando tiene que explicarle esto a la persona que va a pagar y va a vivir en esa casa y se empeña en decidir como tiene que ser.

La colaboración entre cliente y arquitecto se hace necesaria, el primero debe decir qué es lo que quiere, y el segundo se debe encargar de pensar y formalizar la solución más apropiada para esa persona.

La falta de entendimiento total es la ruina de un proyecto, si existe una total desconexión de la idea y la sociedad a la que sirve, estamos ante un mal proyecto. Estos casos no son tan abundantes como se cree, sino que más bien encontramos situaciones donde los enfrentamientos y la polémica dificultan el acercamiento. La necesidad de la cooperación entre las partes en cuanto a dar soluciones y resolver los problemas inmediatos, nos lleva a situaciones de tensión cuando el cliente asume las funciones del Arquitecto. Un proyecto debe satisfacer en primer lugar al usuario, pero sin entender al Arquitecto como mero transcriptor o ejecutor, deberá ser el autor de la idea y de su puesta en práctica, pues la atemporalidad y versatilidad con la que un arquitecto se plantea un proyecto, no puede compararse con la perspectiva de una persona no especializada, por muy respetable que sea su opinión. Esto conlleva que no exista unidad de criterios inicial, que en última instancia nos parece lo más acertado y productivo, siempre que esto nos lleve a desarrollar hasta el fondo todas las posibilidades, partiendo de la idea de que discusión es sinónimo de creación. Lo contrario sería caer en la rutina y la vulgaridad, la falta de cariño y de profesionalidad, siendo la muerte de la Arquitectura a manos del conservacionismo natural de la Sociedad, deteniendo la evolución de ella misma.

Esto no implica, como ya hemos dicho, el olvido de las pretensiones del cliente, aunque como sucede, a veces, se empeñe en decir como quiere las cosas en lugar de plantear que cosas quiere. La relación con el cliente ha sido siempre el paradigma de la profesión, puesto que siendo la parte fundamental del desarrollo laboral es algo que no se enseña en ningún sitio (siendo difícil de aprender), y de ello depende el resultado final. La imagen ideal del cliente es aquel que presiona a la hora de proyectar, no se queda indiferente ni se dedica a destruir, sino que plantea cuestiones que van influyendo y acaban por definir tanto las necesidades como la forma. Es lo que algunos Arquitectos denominan «abolladuras», es la influencia positiva del cliente. Por tanto entendemos como la mejor relación a la cooperación, no a la ignorancia o desidia para dejar hacer. Pero desgraciadamente existen otros tipos de clientes que van desde los que influyen de modo negativo hasta los anónimos, donde los planteamientos son más generales y difícilmente satisfacen a todos.

Como decía un gran Arquitecto, J. A. Coderch, en nuestras manos está el que sea posible el progreso, manteniendo las virtudes básicas de la Sociedad, conjugando los modernos sistemas de edificación, los nuevos lenguajes y la satisfacción con la calidad humana de las construcciones eternas. Uno de los problemas más importantes para un arquitecto moderno será hacer compatible el progreso con el peso de la tradición. Pero el proceso de cooperación es doble, la Sociedad dará confianza, apoyo, responsabilidad y colaboración; a cambio el Arquitecto no aportará su genialidad, sino su profesionalidad y dedicación.

Hemos repetido durante el desarrollo del tema que es inevitable buscar la cooperación, puesto que la Sociedad necesita de los Arquitectos para resolver sus demandas espaciales de modo gratificante y la Arquitectura tiene su fundamento en solucionar los problemas que le plantea la Sociedad, admitiendo y aprendiendo de su crítica para avanzar. Debemos concluir que la Sociedad sin relación con la Arquitectura nos llevaría al caos; y la Arquitectura, aun teniendo una fuerte componente artística, no posee su pleno sentido al actuar de forma autónoma y ajena a la Sociedad.